

para nuestra ruina y perdicion eterna. Busquemos, si, á Jesucristo, unamos nuestro corazon al suyo por medio de comunicaciones fervorosas; procuremos desagrarle de las ofensas y ultrajes que recibe, y entonces, no lo dudeis, el Sagrado Corazon de Jesus será nuestra guía en este valle de lágrimas y de miserias y nuestra recompensa en la eternidad.

¡Sí, por tí solo suspiro ¡oh corazon amabilísimo de mi buen Jesus! por tí suspiro, centro de mis dichas, dulce iman que arrebatas mi alma. Tráeme en pos de tí y correremos al olor de tus perfumes: *Trahe me: post te curremus in adorem unguentorum tuorum.* Mueve, Señor, los corazones de todos los cristianos para que profesen la devocion de tu Sacratísimo Corazon, y desciendan sobre todos los individuos de esta congregacion tus bendiciones celestiales, para que alabándote y bendiciéndote en la tierra, merezcamos continuar tus alabanzas en el templo de la inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON

SOBRE

EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

*Tres sunt qui testimonium dant in celo
Pater, Verbum et Spiritus Sanctus: et hi
tres unum sunt.*

Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espirito Santo; y estos tres son una misma cosa. I. Joan. cap. V, v. 7.

Inútiles han sido de todo punto, M. A. O., los sangrientos golpes de los mas crueles tiranos, las asechanzas de la impiedad y los esfuerzos del racionalismo para echar por tierra la fé, ese coloso invencible que resistiendo á tanta multitud de contrarios elementos impera en el mundo católico. La fé es para el espíritu lo que el alimento natural para el cuerpo. La escuela racionalista, cuya triste mision es separar el hombre de Dios, sembrando la anarquía en las conciencias, repele llena de orgullo á la fé, por creerla contraria á la razon: ¡error de lamentables y funestas consecuencias! La fé, que segun la doctrina de San Pablo, es la *sustancia de las cosas*

que esperamos, y argumento de las que no aparecen (1), ó segun la sábia esplicacion del célebre teólogo Padre Perrone, *el ascenso que la inteligencia, prevenida y ayudada de la divina gracia, presta á las verdades divinamente reveladas por la autoridad de Dios que las revela*, lejos de estar en oposicion con la razon, tiene con ella un admirable consorcio. La razon tiene sus límites señalados por el dedo de Aquel que formara al hombre á su imágen y semejanza. ¿Y no deberá pasar el hombre en sus creencias mas allá de lo que alcanza su razon? ¿Deberá colocar á esta sobre un trono mas elevado que el que le ha sido designado por el Criador? La Iglesia Católica, columna y fundamento de la verdad, lejos de creer incompatibles la fé y la razon, ve en esta un seguro norte de aquella.

Hombres descreidos, los que os mofais de los misterios del Cristianismo porque no los comprendéis, nada adelantareis con vuestra ciencia si os hallais despojados de la hermosa vestidura de la fé. Para ser cristiano, no basta saber; es necesario mas, es preciso creer. Escuchad el Evangelio: *Quodquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his, qui credunt in nomine ejus*: Jesucristo ha dado poder de ser hechos hijos de Dios á cuantos le recibieren y crean en su nombre (2). «El misterio del bien y del mal, que es la materia de la doctrina de la Iglesia, tiene un lado visible y otro invisible; una faz luminosa y otra oscura: por su lado visible es un objeto de ciencia y por su lado invisible un objeto de fé.» Acabais de oír al famoso P. Lacordaire, lumbrera de la Iglesia

(1) *Est autem fides sperandarum substantiarum rerum, argumentum non apparentium*, Ad. Heb. cap. XI, v. 1.

(2) Joan. cap. I v. 12.

de Francia en el presente siglo, y vais á tener la dignacion de seguirle oyendo algunos momentos mas. «Lo que es claro en el Cristianismo, lo que se demuestra científicamente, son los fenómenos que produce, fenómenos físicos, morales, intelectuales. Lo que es oscuro, lo que no habeis visto es la sustancia que admite esos fenómenos y es por ellos manifestada. Asi la tradicion, la escritura y la razon os anuncian la existencia de Dios; pero ¿quién ve la sustancia divina? Todo nos habla de ella; nada rasga el velo que la cubre; permanece en el fondo del santuario como una estatua á quien se adora, cuya presencia y cuya acción se sienten, sin que mirada ninguna haya profanado. La tradicion, la escritura y la razon os anuncian la creacion del mundo por Dios: ¿pero quién ha visto el acto creador? ¿Quién percibe la diferencia entre la sustancia creada y la sustancia increada? ¿Quién ve el tránsito de la nada al sér? Numerosos fenómenos os revelan la degradacion de la humanidad; pero no veis en la sustancia misma del hombre ese vicio original, que se revela no obstante por tantos efectos exteriores (1)...» No nos es necesario seguir por mas tiempo este sábio razonamiento, que ha servido para preparar dignamente vuestros espíritus. La fé, la tradicion, la razon, todo nos revela la existencia de Dios: la fé, la revelacion divina nos enseña que este Dios, objeto de nuestras adoraciones, es Uno en esencia y Trino en Personas: que el Padre es Todopoderoso, y que por el conocimiento de sí mismo engendró al Hijo, y que de uno y otro procede por via de amor el Espíritu Santo: ved

(1) Sermones del P. Lacordaire predicados en la catedral de Paris, año 1835. Sermon XII. *De la Fé*.

aquí, señores, todo el misterio de la Santísima Trinidad. Misterio admirable, que como todos los del Cristianismo, no se opone á la razon, aunque está sobre ella. La fé, ese don precioso que el Señor se ha dignado concedernos, nos hace doblegar nuestra razon á las verdades reveladas. No creais que trato de explicar lo que no puedo comprender. Mi objeto es solo manifestaros que el misterio de la Santísima Trinidad por estar fundado en la sólida base de la revelacion divina, es un objeto muy digno de nuestra creencia, siendo el fundamento de las demas verdades dogmáticas de nuestra religion.

Ni creais, señores, que por ser tan sublime el objeto de que voy á ocuparme, os hable con artificio usando de pomposas frases, y poniendo en juego las galas y bellezas de la oratoria. No es la elocuencia del tiempo, sino la de la eternidad, la que debe mover vuestros corazones. Los aplausos mundanos sean en buen hora galardón de los oradores profanos: la gloria de Dios y la propagacion de la verdad católica es el anhelo de los predicadores de Jesucristo.

Venid en auxilio del mas indigno de todos, ¡oh Dios de bondad! y comunicadme en este dia el talento de la palabra para convencer: animad mi corazón para que mi palabra vaya guiada por la caridad. Sed vos ¡oh María! Hija del Padre, Madre del Verbo, Esposa del Espíritu Santo, Templo y Sagrario de la Beatísima Trinidad, mi intercesora. Para ello os saludamos reverentes. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

El error es, señores, una contra prueba de la verdad, así como las sombras son contra apoyo de la luz, ha dicho muy oportunamente el célebre orador que hace pocos momentos citamos en el exordio. No hay verdad católica que no haya sido combatida, empezando desde la existencia misma de Dios. *Creo en un solo Dios Todopoderoso*: hé aquí las primeras palabras de nuestro símbolo, del símbolo católico. El racionalismo tambien tiene su símbolo: ¿quereis escucharlo? *Creo en la naturaleza madre Omnipotente.* Así al negar la existencia de un Dios, reconoce un principio de todas las cosas: este principio cree ser la naturaleza: parece increíble que así discorra el hombre: la naturaleza no puede ser Dios: es sí, la obra, la manifestacion de Dios. Cuanto se presenta á nuestra vista, cuanto arrebatá nuestras atenciones, ora elevemos nuestra vista al firmamento, ora la inclinemos sobre la flor cuya fragancia nos embriaga, todo con un lenguaje mudo pero elocuente nos declara la existencia y la gloria de Dios (1). Sí, el admirable espectáculo de la naturaleza, con su mudo silencio mas claro que el sonido de una trompeta, nos instruye por los ojos, mas eficaces para ello que el oído, dice el Crisóstomo (2). Contemplad, señores, el monarca de los astros, cuyos rayos iluminan la tierra, y dan vida al hombre y á las plantas: esos elevados montes colocados con tanta estabilidad: esos dilatados mares que encierran en su

(1) *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manum ejus annuntiant firmamentum.* Ps. XVIII, v. 2.

(2) *Ad. Pop. Antioch. Homil. IX.*

seno tantas preciosidades, y que no traspasan sus límites por mas que embravecidos amenacen á veces sumergir la tierra: esos prados cubiertos de matizadas y odoríferas flores: la prodigiosa reproduccion del grano que se abre paso por una capa de tierra para convertirse en hermosa y productiva espiga: las preciosas aves que vestidas de plumas de mil colores, arrebatan nuestra admiracion con sus armoniosos trinos; el sábio mecanismo de nuestro mismo cuerpo, ¿no nos revela la existencia de un Dios Criador de cuanto existe? ¿Quién podrá esclamar á la contemplacion de tantos y tan admirables prodigios, no hay Dios, ó Dios es la naturaleza? Desapareced de nuestra vista, sectarios del estúpido racionalismo, y no vengais á turbar la tranquilidad de nuestra fé.

Es un axioma cierto é indudable que de la nada, nada absolutamente puede hacerse. Si pues todo lo que vemos tiene necesariamente que ser creado, hemos de conceder que existe desde la eternidad un Sér increado existente por sí mismo, necesario é infinitamente perfecto. Cuando veais algun hombre contemplando un magnífico edificio ó alguna complicada máquina, decidle: «En esta obra no ha intervenido mano alguna; ha sido hecha por sí sola.» En el monumento se os tendrá por insensato y se os mirará con lástima. ¡Cuánto mas si quisierais suponer que el mundo con todas sus preciosidades habia sido hecho por sí mismo! ¿Comprendemos ya por la sola luz de la razon la existencia de Dios, del *ente in se*, increado é infinitamente perfecto? Mas pruebas de esta naturaleza pudiéramos presentar, pero tenemos aun mucho camino que andar, y el tiempo nos estrecha.

Nos hemos fijado en el argumento llamado físico-

teológico, que consiste en demostrar la existencia de Dios, por la admirable disposicion, órden y hermosura del universo. Porque es tan grande la belleza y la elegancia de las diversas partes de que está compuesto: es tan acomodada y ajustada la proporcion de todas ellas entre sí, la conveniencia y armonía que hay entre cosas desemejantes y contrarias, á cada una de las cuales está señalado su oficio é impuesto su fin con tan grande acierto, que ningun hombre de buen sentido puede dejar de conocer por estas señales y ver con toda claridad que hay un autor de esta magnífica obra, que todo lo ha arreglado, y que ha destinado cada cosa á su propio fin. La Sagrada Escritura llama repetidas veces la atencion hácia este argumento, que ha sido bellísimamente tratado por San Justino, San Atanasio, y por los Gregorios Nazianceno y Niceno.

De aquí ha provenido que haya existido siempre una maravillosa conformidad de todos los pueblos, ya salvajes é incultos, ya civilizados, en admitir alguna divinidad. *Porque no hay nacion alguna, como dice Tulio, ni tan bárbara ni tan fiera, que no sepa que debe haber algun Dios, aun cuando ignore cuál deba ser éste.* Si, pues, todo cuanto vemos nos hace creer la existencia de Dios, debemos sacar con el citado Tulio esta conclusion: *Necesario es que sea verdadero aquello acerca de lo cual conviene toda la naturaleza.*

Los pueblos privados de la revelacion ó por que no llegó á ellos ó por que la desecharon ó corrompieron enteramente, está averiguado que adoraron muchos dioses. La astrolatría ó sea el culto de los astros se extendió especialmente por los pueblos orientales, como los caldeos, persas y fenicios. Tambien fué como el fundamento de la religion y de la teología de los anti-

quísimos pueblos orientales, la doctrina de los dos principios hasta hoy conservada entre los indios y japones. No faltaba entre ellos quienes venerasen como dioses á los brutos: los egipcios rendian culto á las plantas, y hasta los simulacros eran tenidos y reverenciados generalmente como dioses.

Está, señores, suficientemente demostrado que el culto todo de los estóicos era la verdadera apoteosis de todos los vicios. Leed lo que refieren Orígenes, Tertuliano, Clemente Alejandrino y Lactancio, acerca de sus crueles y obscenas supersticiones y no podreis menos de horrorizaros. Sea, pues, cualquiera la fuerza de la razon humana, ora para conocer á Dios, ora para establecer el culto que le es digno y propio, es un hecho público, universal é inalterable que por muchos siglos ningun pueblo, ya bárbaro, ya civilizado, mientras que estuvo privado de la revelacion no haya caido en los mas groseros y absurdos errores. Necesario era otro medio superior á la razon humana para enseñar bien á los hombres, ora en el conocimiento de Dios, ora en el culto y en las costumbres. Ahora bien: este medio no puede ser otro, mas que el sobrenatural y divino, es decir, la revelacion con la que el Señor se ha dignado favorecernos.

Dios es uno en esencia. A la unidad de Dios se oponen los politeistas ó sean los adoradores de muchos dioses. El politeismo es antiquísimo, pero sin embargo es posterior al monoteismo y una corrupcion de este. En cuanto á los idólatras ó sean los que adoran como Dios á cualquier objeto sensible, natural ó material, dividense en varias ramificaciones. El *Sabeismo* ó *Astrolatria* que es el culto de los astros, reconocidos

como dioses. La *Zoolatria* ó el culto de los animales: la *Antropolatria* ó el culto de aquellos hombres y sus simulacros, que dotados de fuerza, poder y prudencia, siendo para con sus semejantes benéficos ó maléficos, fueron despues de muertos agregados al número de los dioses, y últimamente la *Demonolatria* ó sea el culto de los demonios, pues la mayor parte de las naciones creian que los espíritus malignos eran dioses y veneraban sus imágenes, como los egipcios á Tiphon y los medos á Arimanes y sus innumerables demonios.

No nos detendremos en demostrar cuán absurdo sea el sistema de los dualistas. La Escritura Santa nos hace conocer en mil pasajes la Unidad de la Esencia Divina, y aun la misma razon nos persuade esta verdad. En el Deuteronomio dice el Señor terminantemente: *Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios sino yo* (1). Y por Isaias: *Yo el Señor y no hay mas: fuera de mí no hay Dios... Yo el Señor y no hay otro* (2). Guiados pues por nuestra fé en la divina revelacion gloriémonos en repetir con nuestro símbolo católico: *Credo in unum Deum*; Creo en un solo Dios.

Hemos visto el dogma de la Unidad en Dios: vamos á fijarnos ya en el dogma de la Trinidad. Verdad es que nuestra pobre y limitada inteligencia no puede comprender cómo existen tres personas distintas en una misma esencia divina: no alcanzamos á comprender, como siendo el Hijo engendrado por el Padre, y procediendo de uno y otro el Espíritu Santo, sea el

(1) Videte quod ego sim solus, et non sit alius Deus prater me. Deuter. cap XXXII, v. 39.

(2) Ego Dominus, et non est amplius: extra me non est Deus.... Ego Dominus, et non est alter. Isai. cap. XLV, v. 5 y 6.